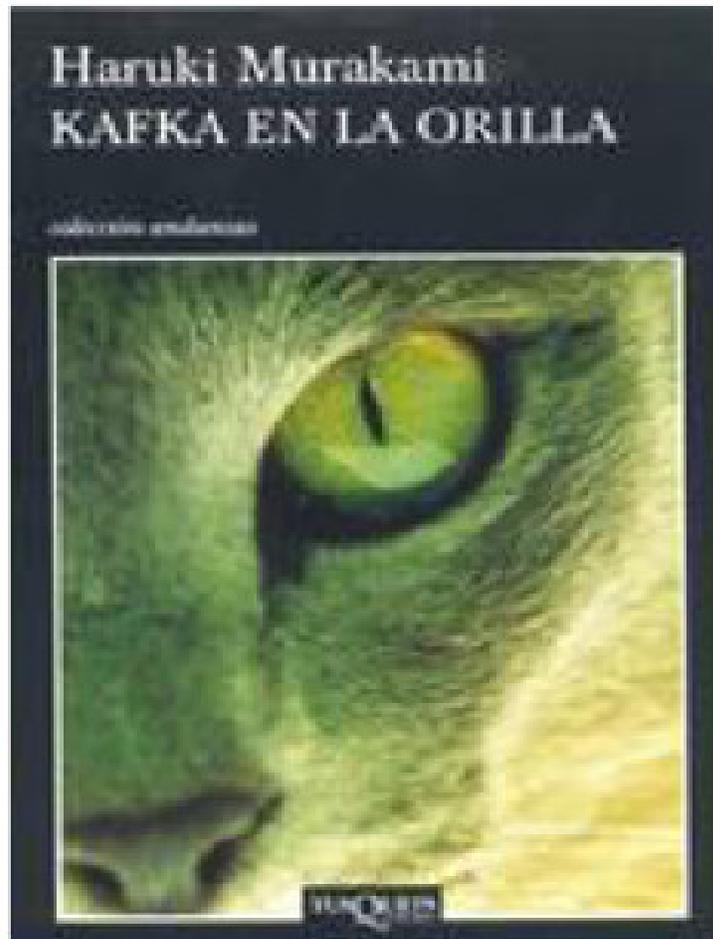


Haruki Murakami

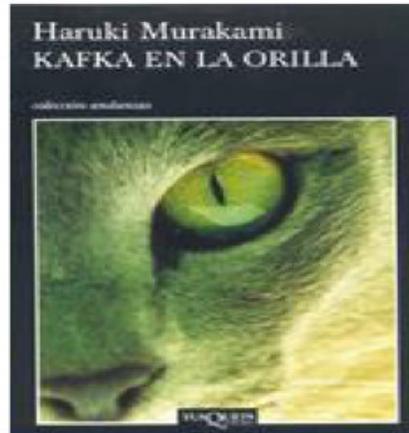


Kafka en la orilla

KAFKA EN LA ORILLA

ANDANZAS

Haruki Murakami

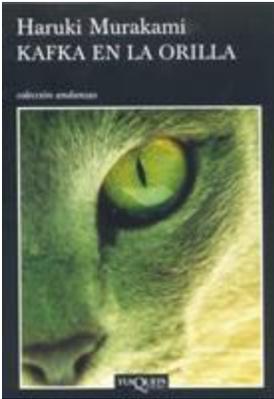


Kafka en la orilla

KAFKA EN LA ORILLA

ANDANZAS

1



Haruki Murakami

Kafka en la orilla

KAFKA EN LA ORILLA

ANDANZAS

1

Libros de Haruki Murakami en Tusquets Editores C r ó n i c a de l p á j a r o
que da cuerda al mundo

S putnik , m i amor

Al sur de la frontera, al oeste del Sol

T o k i o b l u e s

Norwegian Wood

Kafka en la oril a

colección andanz as

2

3

HARUKI MURAKAMI

HARUKI MURAKAMI

KAFKA EN LA ORILLA

KAFKA EN LA ORILLA

Traducción del japonés de Lourdes Porta

4

I.' edición: noviembre de 2006

Haruki Murakami, 2002

de la traducción: Lourdes Porta, 2006

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para Tusquets Editores, S.A.
- Cesare Cantú, 8 - 08023 Barcelona www.tusquetseditores.com ISBN: 84-8310-356-7

Depósito legal: B. 43.985-2006

Fotocomposición: Foinsa - Passatge Gaiolá, 13-15 - 08013 Barcelona
Impreso sobre papel Goxua de Papelera del Leizarán, S.A. – Guipúzcoa
Impresión: Limpergraf, S.L. - Mogoda, 29-31 - 08210 Barbera del Valles
Encuadernación: Reinbook

Impreso en España

5

Kafka en la orilla

El joven llamado Cuervo

-Así que ya has conseguido el dinero, ¿no? -dice el joven llamado Cuervo. Lo dice con su peculiar manera de hablar, arrastrando un poco las palabras. Como cuando te acabas de despertar de un profundo sueño y sientes la boca pesada y torpe. Simples apariencias. En realidad, está completamente despierto. Igual que siempre.

Asiento.

¿Cuánto?

Respondo tras confirmar, una vez más, la cifra en mi cabeza.

-Unos cuatrocientos mil yenes en metálico. Y, con la tarjeta, podría sacar algo más de unos ahorros que tengo en el banco. Ya sé que no es gran cosa, pero de momento...

-Sí, no está mal -admite el joven llamado Cuervo-. De momento, claro.

Asiento.

-Pero este dinero no te lo habrá traído Santa Claus por Navidad, supongo.

-No, claro -digo.

El joven llamado Cuervo mira a su alrededor frunciendo levemente los labios con sarcasmo.

¿Y de qué cajón ha salido?

No respondo. Él sabe muy bien de qué dinero se trata, claro. No sé a 6 qué vienen estas preguntas absurdas. Sólo se está burlando de m í.

Va, déjalo correr -dice el joven llamado Cuervo-. Tú necesitas ese dinero. Con urgencia. Y lo has conseguido. Qué importa que se lo hayas pedido a alguien, que lo hayas tomado prestado sin decir nada o que lo hayas robado. En todo caso, es dinero de tu padre. Y con ese dinero, de momento, saldrás adelante. Pero cuando te hayas gastado los cuatrocientos mil yenes y pico,

¿qué piensas hacer? Porque el dinero que guardas en el monedero no crece solo como las setas en el bosque.

Y tú tienes que comer, necesitas un lugar para dormir. Y un día u otro el dinero se te acabará.

-Eso ya lo pensaré en su momento -digo yo.

-Ya lo pensaré en su momento. -Repite mis palabras como si estuviera sopesándolas sobre la palma de la mano.

Asiento.

-¿Buscar trabajo, tal vez?

Quizá -digo.

El joven llamado Cuervo hace un gesto negativo con la cabeza.

¿Sabes? Deberías saber un poco más de qué va el mundo. ¿Qué diablos de trabajo va a encontrar un niño de quince años en una tierra lejana, desconocida? Si ni siquiera has acabado la enseñanza obligatoria.

¿Quién va a darte trabajo?

Me puse un poco colorado. Me ruborizo con facilidad.

En fin, no insisto -dice el joven llamado Cuervo-. Tampoco sirve de nada que te pinte las cosas tan negras. Total, ni siquiera han empezado.

Tú ya has tomado una decisión. Ahora sólo te falta llevarla a cabo. En cualquier caso, se trata de tu vida. Básicamente, la única vía es hacer lo que tú creas.

Exacto. En definitiva, es mi vida.

-Pero, de aquí en adelante, para poder sobrevivir tendrás que ser muy fuerte.

Yo me esfuerzo todo lo que puedo -digo. -Sí, seguro que sí -dice el joven llamado Cuervo-. Durante estos últimos años te has hecho muy fuerte. No es que no lo reconozca, ¿sabes?

Asentí.

-Sin embargo, sólo tienes quince años. Tu vida, en el mejor de los casos, no ha hecho más que empezar. El mundo está lleno de cosas que todavía no has visto. Cosas que tú, ahora, ni siquiera puedes imaginar.

Estábamos sentados el uno junto al otro, como siempre, en el viejo 7

sofá de cuero del estudio de mi padre. Al joven llamado Cuervo le gusta ese sitio. Le encantan los pequeños objetos que se encuentran en él.

Ahora juguetea con el pisapapeles de cristal con forma de abeja que tiene en la mano. Pero no hace falta decir que, cuando mi padre está en casa, ni se acerca.

Y yo digo:

-De todas formas, tengo que irme de aquí. No hay vuelta de hoja.

-Sí, tal vez -asiente el joven llamado Cuervo. Deposita el pisapapeles sobre la mesa y cruza las manos por detrás de la cabeza-.

Pero aquí no acaba el asunto. Parece que no haga más que echarme jarros de agua fría, pero yo no tengo muy claro que yéndote, por muy lejos que te vayas, puedas escapar. Me da la impresión de que no hay que con fiar demasiado en la distancia.

Pienso una vez más en la distancia. El joven llamado Cuervo lanza un suspiro y se presiona los párpados con las yemas de los dedos. Me habla con los ojos cerrados, desde el fondo de las tinieblas.

-Juguemos a lo de siempre -propone.

De acuerdo -digo. Yo también cierro los ojos y, en silencio, respiro hondo.

¿Listo? Imagínate una tempestad de arena terrible, terrible de verdad -- dice-. Y olvida cualquier otra cosa.

Tal como me ha dicho, imagino una tempestad de arena terrible, terrible de verdad. Y olvido cualquier otra cosa. Incluso quién soy. Me quedo en blanco. Las cosas van aflorando enseguida. Y él y yo las com-partimos en el viejo sofá de cuero del estudio de mi padre, como siempre.

A veces, el destino se parece a una pequeña tempestad de arena que cambia de dirección sin cesar -me comenta el joven llamado Cuervo.

A veces, el destino se parece a una pequeña tempestad de arena que cambia de dirección sin cesar. Tú cambias de rumbo intentando evitarla. Y entonces la tormenta también cambia de dirección, siguiéndote a ti. Tú vuelves a cambiar de rumbo. Y la tormenta vuelve a cambiar de dirección, como antes. Y esto se repite una y otra vez. Como una danza macabra con la Muerte antes del amanecer. Y la razón es que la tormenta no es algo que venga de lejos y que no guarde relación contigo. Esta tormenta, en definitiva, eres tú. Es algo que se encuentra en tu interior. Lo único que puedes hacer es resignarte, meterte en ella de cabeza, taparte con fuerza los ojos y las orejas para que no se te llenen de arena e ir 8

atravesándola paso a paso. Y en su interior no hay sol, ni luna, ni dirección, a veces ni siquiera existe el tiempo. Allí sólo hay una arena blanca y fina, como polvo de huesos, danzando en lo alto del cielo.

Imagínate una tormenta como ésta.

Me imagino una tormenta como ésa. Un blanco remolino que apunta al cielo, irguiéndose vertical como una gruesa maroma. Man tengo los ojos y las orejas fuertemente tapados con ambas manos. Para que la fina arena no se me meta en el cuerpo. La tormenta se acerca deprisa. Desde lejos puedo sentir la fuerza del viento en la piel. Va a en gullirme de un momento a otro.

El chico llamado Cuervo posa con suavidad una mano sobre mi hombro. La tormenta de arena se desvanece. Pero yo continúo aún con los ojos cerrados.

—Tú, ahora, tendrás que ser el chico de quince años más fuerte del mundo. Sólo así lograrás sobrevivir. Y, para ello, deberás comprender por ti mismo lo que significa ser fuerte de verdad. ¿Entiendes?

Me limito a permanecer callado. Me gustaría hundirme poco a poco en el sueño sintiendo su mano sobre mi hombro. Un tenue aliento llega a mis oídos.

—Tú, ahora, pronto te convertirás en el chico de quince años más fuerte del mundo —me repite al oído en voz baja el joven llamado Cuervo mientras me dispongo a dormir. Como si tatuara con tinta azul oscuro estas palabras en mi corazón.

Y tú en verdad la atravesarás, claro está. La violenta tormenta de arena. La tormenta de arena metafísica y simbólica. Pero por más metafísica y simbólica que sea, te rasgará cruelmente la carne como si de mil cuchillas se tratase. Muchas personas han derramado allí su sangre y tú, asimismo, derramarás allí la tuya. Sangre caliente y roja. Y esa sangre se verterá en tus manos. Tu sangre y, también, la sangre de los demás.

Y cuando la tormenta de arena haya pasado, tú no comprenderás cómo has logrado cruzarla con vida. ¡No! Ni siquiera estarás seguro de que la tormenta haya cesado de verdad. Pero una cosa sí quedará clara.

Y es que la persona que surja de la tormenta no será la misma persona que penetró en ella. Y ahí estriba el significado de la tormenta de arena.

9

El día de mi decimoquinto cumpleaños me escapé de casa, me marché a una ciudad desconocida y empecé a vivir en un rincón de una pequeña biblioteca.

Claro que si contara las cosas por orden, tal como ocurrieron, el relato se extendería una semana más. Sin embargo, si tocamos sólo los puntos esenciales, eso fue lo que ocurrió: el día de mi decimoquinto cumpleaños me escapé de casa, me marché a una ciudad desconocida y empecé a vivir en un rincón de una pequeña biblioteca.

Quizá parezca un cuento de hadas. Pero no lo es. De ninguna de las maneras.

10

1

Cuando me marché de casa, no sólo me llevé dinero en metálico del estudio de mi padre sin decir nada. También me llevé un pequeño y viejo encendedor de oro (me gustaba su diseño y lo mucho que pesaba) y una navaja plegable de acerado filo. Es para despellejar ciervos, noto un gran peso cuando la sostengo sobre la palma de la mano, la hoja medirá unos doce centímetros. Mi padre debió de comprarla durante algún viaje al extranjero. Y, claro, decido llevarme también una potente linterna que hay en un cajón de la mesa. Y también las gafas de sol, que me hacen falta para ocultar la edad. Unas Revo de un profundo azul celeste.

Me pregunté si debía llevarme también el Rolex Oyster que tanto apreciaba mi padre, pero al final lo dejé correr. La belleza mecánica de ese reloj me fascinaba, pero no quería llamar la atención cargándome de forma innecesaria de objetos de valor. Por otra parte, desde un punto de vista práctico, me basta y me sobra con el Casio de plástico con alarma y cronómetro incorporados que uso habitualmente. De hecho, el Casio me será mucho más útil. Desisto y vuelvo a meter el Rolex en el cajón.

Y, además, una fotografía donde aparecemos mi hermana mayor y yo, de niños, uno al lado del otro. Esta fotografía también se halla ba en el fondo del cajón del escritorio. Mi hermana y yo nos encontramos en la playa, sonreímos felices. Mi hermana está vuelta hacia un lado, una sombra oscura le cubre medio rostro. Por eso su sonriente faz aparece dividida en dos. Y, al igual que las máscaras de teatro griego que he visto a veces en las ilustraciones de los libros de texto, su rostro comprende dos significados superpuestos. La luz y la sombra. La esperanza y la desesperanza. La risa y la tristeza. La confianza y la soledad. Yo, por mi parte, miro al objetivo de frente, con naturalidad. Aparte de nosotros, no hay nadie más en la playa. Los dos vamos en traje de baño. Mi hermana lleva un bañador de una pieza con un dibujo de florecitas rojas y yo unas bermudas muy feas que me quedan demasiado grandes. Sostengo algo 11

en la mano. Una especie de palo de plástico. Deshechas en blanca espuma, las olas nos bañan los pies.

¿Dónde y cuándo, quién nos debió de hacer esa fotografía? ¿Cómo es que yo tenía esa expresión de felicidad? ¿Cómo diablos podía parecer tan contento? ¿Cómo es que mi padre ha guardado únicamente esta fotografía? Todo esto es un enigma. Yo debo de tener tres años y mi hermana, nueve. ¿Tan bien nos llevábamos mi hermana y yo? No recuerdo en absoluto haber ido con mi familia a la playa. Tampoco recuerdo haber ido a ningún otro lugar. En todo caso, no quería dejarla en manos de mi padre. Me meto la vieja fotografía en la cartera. No hay ninguna de mi madre. Al parecer, mi padre ha tirado todas las fotografías donde salía ella, todas, sin dejar ni una.

Tras pensármelo un poco, decidí llevarme el teléfono móvil. Cuando mi padre se dé cuenta de que ha desaparecido, seguro que llamará a la compañía telefónica y se dará de baja. Y entonces no me será de ninguna utilidad. De todas formas, lo metí en la mochila. Y también el cargador de la batería. Total, no pesa gran cosa. En cuanto vea que el aparato no funciona, me bastará con tirarlo.

Decido no meter en la mochila más que lo indispensable. Lo más difícil es elegir la ropa. ¿Cuántos juegos de ropa interior necesitaré?

¿Cuántos jerséis necesitaré? ¿Y cuántas camisas? ¿Y pantalones? ¿Y

guantes? ¿Necesitaré bufanda? ¿Y pantalones cortos? ¿Y abrigo? En cuanto empiezo a pensar, no acabo. Pero hay algo que sí tengo claro. No quiero vagar por una tierra extraña con un fardo enorme a la espalda que proclame a los cuatro vientos que me he escapado de casa. Si lo hiciera, pronto llamaría la atención. Me pondrían bajo la custodia de la policía y en un santiamén me habrían enviado de vuelta a casa. O acabaría en manos de los tipejos menos recomendables de la zona.

A un lugar frío es mejor no ir. Llego a esta conclusión. Sencillo,

¿verdad? Pues me voy a un lugar cálido. Así no necesitaré abrigo. Ni guantes. Al no tener que pensar en el frío, la ropa necesaria queda reducida a la mitad. Elegí prendas ligeras, fáciles de lavar, que se secan deprisa y

que abultaran lo menos posible, las plegué bien y las embuté en la mochila. Aparte de ropa: mi saco de dormir three-seasons, que se puede deshinchar y plegar bien, un neceser con los productos de aseo básicos, una capellina de plástico, cuaderno y lápices, un discman 12

MD de Sony con el que se puede grabar, y unos diez discos compactos (la música es indispensable), pilas recargables de repuesto, ese tipo de cosas. Los cacharros para cocinar de acampada no los necesito. Pesan y ocupan demasiado espacio. La comida puedo comprarla en las tiendas que tienen abierto las veinticuatro horas. Me llevó mucho tiempo acortar la lista. Añadía una cosa, y otra, luego la borraba. Volvía a apuntar un montón de cosas, volvía a borrarlas.

El día de mi decimoquinto cumpleaños es la fecha ideal para irme de casa. Antes es demasiado pronto y, después, tal vez sea ya demasiado tarde.

Pensando en este día, durante los dos últimos años, tras ingresar en la escuela secundaria, me he dedicado a robustecer mi cuerpo de manera intensiva. Desde finales de primaria practicaba el judo, y al empezar la secundaria no lo dejé del todo, pero no ingresé en el club de deporte de la escuela. En cuanto tenía un momento libre me iba a correr al campo de deportes, a nadar a la piscina o al gimnasio municipal a fortalecer mis músculos con aparatos. Allí, unos jóvenes monitores me enseñaron gratis la manera correcta de hacer flexiones y el uso de los aparatos. Cómo fortalecer al máximo cada músculo. Qué músculo se hace trabajar normalmente en la vida cotidiana y cuál puede moldearse sólo con el uso de aparatos. Ellos me enseñaron la manera correcta de hacer levantamiento de pesas. Por suerte, yo ya era alto de constitución y, gracias al ejercicio diario, mis hombros y mi pecho se ensancharon. Un desconocido me echaría, sin problema, unos diecisiete años. Porque si aparentara los quince que tengo, seguro que toparía con problemas adondequiera que fuese.

Aparte de mi trato con los monitores del gimnasio y con la asistenta que venía a casa cada dos días, y dejando de lado las cuatro palabras indispensables que intercambiaba en la escuela, yo apenas hablaba con la gente. A mi padre hacía ya mucho tiempo que lo evitaba. A pesar de vivir en la misma casa, nuestros horarios eran completamente diferentes y, además, mi padre se pasaba el día encerrado en su taller, en un lugar

separado. Y no hace falta decir que yo tenía siempre la precaución de no coincidir con él.

Yo iba a una escuela privada adonde, por lo general, acudían hijos

de familias de la clase alta o, como mínimo, adineradas. A no ser que lo hicieras muy mal, podías pasar directamente al bachillerato. Todos tenían una bonita dentadura, la ropa limpia, la conversación aburrida. Yo, por supuesto, no gozaba de grandes simpatías. Había levantado un alto muro a mí alrededor y hacía lo imposible para que nadie se metiera dentro y para no tener que dar yo un paso fuera de él. Y este tipo de personas no suele gustar a nadie. Frente a mí, todos guardaban una distancia prudencial, jamás bajaban la guardia. Tal vez me detestasen y, en algunas ocasiones, me temieran. Pero era de agradecer que no me hicieran caso.

Solo, tenía un montón de cosas que hacer. En las horas libres me iba a la biblioteca y devoraba un libro tras otro.

Con todo, prestaba una gran atención a las clases. Era algo que el joven llamado Cuervo me había aconsejado encarecidamente que hiciera.

Los conocimientos o habilidades que te enseñan en las clases de secundaria no se puede decir que tengan una gran utilidad en la vida diaria, eso seguro. Y los profesores son en su gran mayoría un hatajo de estúpidos. No me cabe la menor duda. Pero ¿sabes? Tú vas a irte de casa. Por lo tanto, en el futuro quizá no vuelvas a tener la oportunidad de pisar la escuela, así que, mientras puedas, es mejor que te metas en la cabeza todo lo que te enseñen, te guste o no. Tienes que ser como un papel secante y absorberlo todo. Qué debes guardar y qué debes tirar, eso ya lo decidirás más adelante.

Y yo seguí ese consejo (yo solía seguir los consejos del joven llamado Cuervo). Puse los cinco sentidos en ello, convertí mi cerebro en una esponja, agucé el oído y grabé en mi cerebro todas las palabras que se pronunciaban en clase. Disponía de un tiempo limitado: las asimilaba, las memorizaba. Por lo tanto, pese a no estudiar apenas fuera de clase, siempre era de los que en los exámenes sacaba las puntuaciones más altas.

A medida que mis músculos se endurecían como el metal, me iba convirtiendo en una persona callada. Intentaba evitar que las emociones se me traslucieran en el rostro, me entrenaba para ser capaz de impedir que profesores y compañeros de clase adivinasen qué estaba pensando.

Pronto entraría en el cruel y agresivo mundo de los adultos y tendría que sobrevivir en él yo solo. Debería ser más fuerte que nadie.

Al mirarme al espejo descubría en mis ojos la frialdad de los ojos de un lagarto, veía cómo mi rostro se había vuelto más duro e inexpressivo.

Pensándolo bien, hacía tanto tiempo que no me reía que ni recordaba cuándo había sido la última vez. Ni siquiera sonreía. Ni a los demás ni a mí mismo.

Pero no siempre podía salvaguardar ese apacible aislamiento. En ocasiones, el alto muro que debía protegerme se desmoronaba sin más.

No sucedía con frecuencia, pero a veces ocurría. Antes de que pudiera darme cuenta, la pared había desaparecido y yo estaba expuesto completamente desnudo al mundo. En esas ocasiones me sentía confuso.

Terriblemente confuso. Además, allí había una profecía. Allí había una profecía semejante a las aguas negras.

La profecía siempre está allí, como las aguas de un negro secreto.

Por lo general, se ocultan silenciosas en profundidades desconocidas.

Pero a veces se desbordan sin palabras y empapan, heladas, cada una de tus células, y tú, ante este cruel desbordamiento, te ahogas, boqueas y jadeas. Te pegas al respiradero del techo y buscas con desesperación el aire fresco del exterior. Pero sólo encuentras un aire reseco que abrasa tu garganta. El agua y la sed; el frío y el calor. Elementos supuestamente antagónicos unen sus fuerzas y te atacan.

Con lo vasto que es el mundo, a ti te corresponde un espacio minúsculo —y ya te parece bien que así sea—, pero éste no figura en ninguna parte. Cuando

buscas una voz, sólo encuentras un silencio profundo. Pero cuando buscas el silencio, sólo encuentras una voz que te va repitiendo incesantemente la profecía. Esta voz, en algunas ocasiones, da a un interruptor secreto que se oculta en tu mente.

Tu corazón es como un gran río crecido tras un largo periodo de lluvias. Los postes indicadores del camino están, todos sin excepción, sumergidos en la corriente, o tal vez hayan sido arrastrados a otro lugar oscuro. Y la lluvia sigue cayendo torrencialmente sobre el río. Y cada vez que veas en las noticias las imágenes de unas inundaciones pensarás:

«Sí, justo. Ése es mi corazón».

15

Antes de salir de casa voy al cuarto de baño y me lavo las manos con jabón, me lavo la cara. Me corto las uñas, me limpio las orejas, me lavo los dientes. Limpio concienzudamente cada rincón de mi cuerpo. Hay ocasiones en que estar limpio es fundamental. Luego, frente al espejo, estudio mi rostro con detenimiento. Aquí se refleja la cara que he heredado de mi padre y de mi madre -aunque la de mi madre no la recuerdo en absoluto-. Por mucho que intente borrar la expresión que se refleja en él, por mucho que intente apagar el brillo de mis ojos, por mucho que esculpa mi cuerpo, no puedo cambiar de rostro. Por muy ardientemente que lo desee, este par de cejas largas y espesas, y la arruga del entrecejo que sólo puedo haber heredado de mi padre, no las puedo borrar. Si quieres, podría matarlo (con la fuerza que ahora tengo no me costaría nada). También podría borrar a mi madre de mi memoria.

Pero no puedo expulsar los genes que se encuentran en mí. Porque para expulsarlos debería desterrarme a mí de mí mismo.

Y aquí está la profecía. Como un mecanismo enterrado en mí.

Como un mecanismo enterrado en mí.

Apago la luz y salgo del lavabo. Un silencio húmedo y pesado se cierne sobre la casa. Susurros de gente que no existe, el hálito de los muertos.

Miro a mí alrededor, me detengo, respiro hondo. Las agujas del reloj marcan las tres de la tarde. Las dos agujas están cargadas de una cruel indiferencia. Bajo su aparente imparcialidad, no están de mi lado.

Ha llegado el momento de dejar atrás este lugar. Tomo la pequeña mochila en la mano, me la cargo al hombro. Lo había ensayado muchas veces, pero jamás me había parecido tan pesada.

He decidido dirigirme a Shikoku. No hay ninguna razón para ello.

Pero mientras estoy mirando el mapa se me ocurre, no sé por qué, que es allí adonde debo ir. Por mucho que lo mire, no, cuanto más lo miro, más atraído me siento por ese lugar. Mucho más al sur que Tokio, separado de Honshú. En ella se encuentra Tokio. (N. de la T) el clima es cálido. Jamás he pisado esa zona y no tengo allí un solo conocido, ningún pariente. Si alguien indaga mi paradero (aunque no creo que lo haga nadie) no existe ninguna posibilidad de que dirija hacia allá la mirada.

Recojo en la ventanilla el billete que había reservado, monto en el autocar nocturno. Es el medio de transporte más barato para ir a Takamatsu. Unos diez mil yenes y pico. Nadie se fija en mí. Nadie me

pregunta la edad. Nadie se me queda mirando. Únicamente el revisor inspecciona mi billete con gesto mecánico. Sólo hay una tercera parte de los asientos ocupada. En su mayoría, los pasajeros viajan solos, como yo, y el interior del autocar está sumido en un silencio extraño. El camino hasta Takamatsu es muy largo. Según los horarios del autocar, son unas diez horas de viaje, llegaremos allí por la mañana temprano. Pero a mí el tiempo no me importa. Yo ahora lo tengo a espaldas. Cuando, a las ocho pasadas, dejamos la terminal de autobuses, inclino el respaldo del asiento y me duermo. En el preciso instante de hundirme en él siento cómo se me va debilitando la conciencia, igual que si se me hubieran agotado las pilas.

Poco antes de medianoche empieza a llover a cántaros. De vez en cuando me despierto y, a través de las cortinas baratas, contemplo la autopista en la noche. Las gotas de lluvia azotan con estrépito la ventana, emborronan la luz de las farolas que hay al borde del camino. Están plantadas a intervalos regulares, parece que miden el mundo hasta el infinito. Una nueva luz se

acerca y, un instante después, ya se ha convertido en una luz vieja a mis espaldas. Me doy cuenta de que ya han dado las doce de la noche. Y, de manera automática, como si se me acercara de frente, hace su aparición el día de mi decimoquinto cumpleaños.

~ Feliz cumpleaños -me desea el joven llamado Cuervo.

~ Gracias -le digo yo.

Pero la profecía, todavía una sombra, me acompaña. Compruebo que el muro que he levantado a mí alrededor todavía sigue en pie. Cierro las cortinas, vuelvo a dormirme.

2

El presente documento, catalogado como «Estrictamente Confidencial» por el Ministerio de Defensa de los Estados Unidos de América, fue desclasificado en 1986 en base a la Ley de Desclasificación de Documentos Oficiales. Actualmente puede consultarse en el Archivo Nacional de los Estados Unidos de América (NARA), en Washington.

Esta serie de entrevistas grabadas se realizaron entre los meses de marzo y abril de 1946 bajo la supervisión del comandante James P.

Warren del Departamento de Inteligencia del Ejército de Tierra. El alférez Robert O'Connell y el brigada Harold Katayama se encargaron del trabajo de campo en la zona, la población XXX de la prefectura de Yamanashi. En todas las entrevistas efectuó las preguntas el alférez Robert O'Connell, la traducción al japonés correspondió al brigada Harold Katayama y de la redacción de los documentos se encargó el soldado de segunda clase William Come.

Las entrevistas se realizaron a lo largo de doce días, y a este efecto se destinó la sala de visitas del ayuntamiento de la población xxx en la prefectura de Yamanashi. El alférez O'Connell entrevistó por separado a: una profesora de la Escuela Nacional del barrio xxx de la población xxx, un médico residente en la zona, dos miembros del cuerpo de la policía local y seis niños. Los mapas adjuntos, a escala de 1: 10.000 y 1: 2.000, del área en cuestión fueron elaborados por el Instituto Topográfico del Ministerio del Interior.

18

INFORME DEL DEPARTAMENTO DE INTELIGENCIA DEL
EJÉRCITO DE TIERRA (MIS)

Fecha: 12 de mayo de 1946

Título: Informe sobre el Incidente de la montaña del bol de arroz, 1944

Número: PTYX-722-8936745-42213-WWN

Entrevista a Setsuko Okamachi (26), tutora de la clase B de cuarto curso de la Escuela Nacional del barrio xxx de la población xxx. La conversación fue grabada. Se puede acceder al material relacionado con la entrevista mediante el código PTYX-722-SQ118.

Impresiones del entrevistador, alférez Robert O'Connell: Setsuko Okamachi es una mujer menuda y de facciones bonitas.

Inteligente y con un gran sentido de la responsabilidad, ha respondido con precisión y honestidad. Sin embargo, parece hallarse todavía, de alguna manera, bajo los efectos del shock que le produjo el incidente. Se apreciaba cómo crecía en ella la tensión psicológica conforme iba resiguiendo lo que recordaba. En esos momentos tendía a hablar más despacio.

Eran poco más de las diez de la mañana cuando vi una luz plateada que brillaba en lo alto del cielo. Un brillante resplandor de luz plateada. Sí, era el reflejo que despiden un objeto metálico, sin duda. Y ese resplandor se fue desplazando muy despacio por el cielo, de este a oeste. Nosotros nos preguntamos si se trataría de un B29. Estaba justo sobre nuestras cabezas. Así que teníamos que mirar directamente hacia arriba. El cielo estaba despejado del todo, sin una nube, y la luz nos cegaba. Lo único que veíamos era el resplandor de un objeto plateado que parecía de duraluminio. Sin embargo, el objeto se encontraba a una altura tal que no podía distinguirse su forma. Así que deduje que desde allí tampoco podrían descubrirnos a nosotros. Por lo tanto, no temía que nos atacaran y tampoco me preocupaba que nos bombardearan. ¿Qué sentido tiene arrojar bombas al corazón del bosque? Pensé que quizás aquel avión fuera de camino a bombardear alguna gran ciudad o que quizá volviera de hacerlo. Así que nosotros miramos el avión sin alarma alguna y continuamos andando. Yo incluso me sentí atraída por la extraña belleza de aquella luz.

... Según el registro del Ejército, en aquel momento, es decir, alrededor de las diez de la mañana del 7 de noviembre de 1944, ningún bombardero ni ningún otro avión sobrevolaba la zona.

Pero yo, y también los dieciséis niños que se encontraban allí, todos, lo vimos con claridad, y todos pensamos que se trataba de un B29.

Todos habíamos visto varias veces formaciones de B29 y sabíamos que sólo los B29 pueden volar tan alto. Además, en la prefectura había una pequeña base aérea y, de vez en cuando, también veía mos volar aviones japoneses, pero éstos eran demasiado pequeños para alcanzar una altura semejante. Además, el brillo del duraluminio es diferente al brillo de cualquier otro metal, y los únicos aviones hechos de duraluminio son los B29. Sólo que, en aquella ocasión, no se trataba de una gran formación, sino de un único aparato, y esto me pareció muy extraño.

¿Nació usted en esta zona?

No. Yo nac í en la prefectura de Hiroshima. Me trasladé aquí al casarme, en 1941. Mi marido era profesor de música en un instituto de esta prefectura, pero en 1943 fue llamado a filas y, en junio de 1945, tomó parte en la batalla de Luzón y murió en combate. Según me comunicaron, estaba haciendo guardia en un almacén de munición en las afueras de Manila cuando el almacén fue alcanzado por los disparos de la artillería del ejército americano. Mi marido murió en la explosión. No tuvimos hijos.

¿Cuántos alumnos tenía a su cargo aquel día?

Dieciséis entre niños y niñas, la totalidad de la clase exceptuando a dos que no habían participado en la excursión por estar enfermos. La proporción era de ocho niños y ocho niñas. Entre ellos había cinco que habían sido evacuados de Tokio.

Con la finalidad de realizar unos ejercicios prácticos al aire libre, a las nueve de la mañana salimos de la escuela con las cantimploras y la comida. Por más que los haya llamado «ejercicios prácticos al aire libre», no se trataba de ningún estudio especial. Básicamente consistía en ir a la montaña a buscar setas y hortalizas silvestres comestibles.

Nosotros vivimos en una zona agrícola, así que la comida no faltaba. Pero eso no quiere decir que contáramos con suficientes alimentos. La contribución obligatoria al gobierno era dura y, exceptuando unos cuantos, todos teníamos siempre el estómago vacío.

20

Por lo tanto, exhortábamos a los niños a que buscaran, fuera don de fuese, algo comestible. Era una situación de emergencia y los estudios habían pasado a un segundo término. Así pues, en aquellos momentos se realizaban con frecuencia los así llamados «ejercicios prácticos al aire libre». Alrededor de la escuela hay zonas de gran riqueza natural y no resultaba difícil encontrar lugares idóneos para realizar estos «ejercicios prácticos». En este sentido, podíamos considerarnos afortunados. Todas las personas que se hallaban en las ciudades pasaban hambre. En aquellos momentos ya estaban cortadas las rutas de abastecimiento procedentes de Taiwan y del continente, y las grandes ciudades sufrían una grave escasez de víveres y de combustible.

Usted ha mencionado que en su clase había cinco niños que habían sido evacuados de Tokio. ¿Se llevaban bien con los niños de la zona?

Por lo que se refiere a mi clase, en general los niños se llevaban bien. Unos eran del pueblo y, los otros, provenían del centro de Tokio: no hace falta decir que habían crecido en ambientes completamente distintos. Hablaban un lenguaje diferente, vestían de diferente forma.

Además, la mayor parte de los niños de la zona pertenecen a familias de campesinos pobres, y los niños de Tokio eran en su gran mayoría hijos de personas que trabajaban para empresas y de funcionarios del gobierno. Por lo tanto, no se puede decir que se entendieran bien.

Sobre todo al principio, entre ambos grupos existía cierta tensión.

Jamás hubo peleas, ningún niño sufrió acoso o malos tratos por parte de los otros, sólo que los unos no podían entender lo que pensaban los otros. En consecuencia, tanto los niños de la zona como los de Tokio formaron grupos cerrados. Sin embargo, al cabo de unos dos meses se acostumbraron

los unos a los otros. Porque los niños, en cuanto juegan juntos a algo que les entusiasma, derriban con relativa facilidad las barreras culturales y sociales.

Describame lo más detalladamente posible la zona adonde condujo aquel día a los alumnos a su cargo.

Es una montaña adonde solíamos ir con frecuencia de excursión.

Tiene forma redondeada, parecida a la de un bol de arroz invertido, y por eso la llamamos la «montaña del bol de arroz». La montaña no es muy abrupta, cualquiera puede subirla sin esfuerzo. Se encuentra un poco al oeste de la escuela, se puede ir andando. Hasta la cima, al paso de un 21

niño, se llega en unas dos horas. Teníamos previsto detenernos en el bosque, a medio camino, para buscar setas y tomar un bocado. A los niños les divierten más estos «ejercicios prácticos al aire libre» que las clases en el aula.

El resplandor de aquella especie de avión en el cielo nos recordó momentáneamente la guerra, pero fue un acontecimiento puntual. Todos nosotros nos hallábamos de un humor excelente, nos sentíamos felices.

El cielo estaba azul, sin una nube que lo empañara, no soplaba el viento: en la montaña reinaba un silencio absoluto, lo único que se oía era el canto de los pájaros. Una vez en el corazón del bosque, la guerra parecía algo ajeno, algo que estuviera ocurriendo en un país remoto. Todos avanzábamos por el sendero cantando. De vez en cuando imitábamos las voces de los pájaros. Era una mañana maravillosa, perfecta de no haber existido un hecho innegable: la guerra proseguía.

Se adentraron en el bosque poco después de avistar el objeto parecido a un avión, ¿no es así?

Sí. No creo que hubieran transcurrido cinco minutos siquiera. A medio camino, dejamos el sendero que conduce a la cima y nos metimos por sendas que se abren a través de los bosques de las laderas. Éstas sí son bastante empinadas. A los diez minutos de subida se abre un claro en el bosque. Es una zona muy extensa, completamente plana, parecida a una

mesa. En el corazón del bosque todo está en silencio, la luz del sol se filtra a duras penas, el aire es frío; sólo en ese claro el cielo se extiende luminoso sobre nuestras cabezas, parece una plaza pequeña. Los de nuestra clase, cuando subimos a la montaña del bol de arroz, solemos visitar ese lugar. Ahí se siente una extraña paz, un curioso recogimiento.

Cuando llegamos a la «plaza», hicimos un descanso. Descargamos los bultos y empezamos a buscar setas en grupos de tres o cuatro. A los niños les había impuesto una regla: que ninguno saliera del campo visual de los demás. Los reuní a todos y les insistí en ello una vez más. Por muy familiar que nos sea el lugar, se trata del bosque, si se adentran demasiado en él y se pierden, luego puede resultar difícil encontrarlos.

Pero son niños pequeños y, una vez se enfrascan en la búsqueda de las setas, se olvidan de las reglas. Así que, mientras yo misma iba buscando setas, no paraba de contar cabezas.

Hacia unos diez minutos que habíamos empezado a buscar setas en el centro de la «plaza», cuando los niños comenzaron a desplomarse al suelo.

22

Cuando vi que caían redondos tres niños a la vez, lo primero que pensé es que habían comido setas venenosas. En esta zona hay muchas que producen un veneno letal. Los niños de la zona las conocen, pero entre ellas hay algunas que son difíciles de distinguir. Por eso siempre les prohibía que, bajo ningún concepto, comieran setas hasta que las lleváramos a la escuela de regreso y un experto las seleccionara. Claro que los niños, ya se sabe, no siempre hacen caso de lo que se les dice,

¿verdad?

Yo me precipité sobre ellos, cogí en brazos a los que se habían caído en el suelo y los incorporé. Sus cuerpos estaban desmadejados, parecían de goma reblandecida por el calor del sol. Era como si a aquellos cuerpos les hubieran abandonado las fuerzas; tuve la sensación de estar abrazando la muda de algún reptil. Sin embargo, respiraban con normalidad. Les tomé el pulso, vi que era normal. Tampoco tenían fiebre.

La expresión de sus rostros era tranquila, no parecían estar sufriendo.

Tampoco mostraban signos de que les hubiera picado alguna abeja o mordido alguna serpiente. Sólo estaban inconscientes. Eso era todo.

Lo más extraño eran sus ojos. Mostraban un estado de postración cercano al coma, y sin embargo no tenían los ojos cerrados. Los mantenían abiertos, como de costumbre, y parecía que estuviesen contem -

plando algo. A veces, incluso parpadeaban. Era evidente que no dormían.

Y movían las pupilas despacio. De izquierda a derecha, con tranquilidad, como si estuvieran barriendo con la mirada, de punta a punta, un paisaje lejano. En las pupilas brillaba la luz de la conciencia. Pero en realidad aquellos ojos no miraban nada. Como mínimo, nada que se hallara frente a ellos. Les pasé la mano por delante, pero sus pupilas no reaccionaron.

Incorporé a los tres niños, uno tras otro, y los tres se encontraban exactamente en el mismo estado. Inconscientes, con los ojos abiertos, movían despacio las pupilas de izquierda a derecha. Era una escena de lo más anormal que imaginarse pueda.

¿Quiénes componían el grupo que perdió el sentido en primer lugar? Eran tres niñas. Tres niñas que son muy buenas amigas. Las llamé a voz en grito, les palmeé las mejillas. Se las golpeé con bastante fuerza.

No reaccionaron. Parecían no sentir nada. Dejaron, en mi mano, un tacto irreal. Una sensación muy extraña.

Pensé en enviar a alguien corriendo a la escuela. Porque regresar acarreando a las tres niñas sobre mis espaldas sería superior a mis 23

fuerzas. Así que busqué con la mirada al niño más veloz. Pero, al incorporarme y lanzar una ojeada a mi alrededor, me di cuenta de que todos los demás niños también se habían desplomado. Los dieciséis niños, todos sin excepción, yacían inconscientes en el suelo. Yo era la única que no se había desplomado y permanecía en pie consciente. Sólo yo. Aquello..., aquello parecía un campo de batalla.

En esos momentos, ¿apreció usted algo anormal en el lugar de los hechos? Algún olor, algún sonido, alguna luz.

(Tras reflexionar unos instantes.) No. Tal como le he dicho antes, aquella zona era muy tranquila, la paz en sí misma. Ni un sonido ni una luz ni un olor: no se apreciaba cambio alguno. Sólo que la totalidad de los niños, todos sin excepción, yacía en el suelo. Tuve la sensación de ser la única superviviente del mundo. Me sentí muy sola. Me asaltó una soledad tan grande que no se puede comparar con nada. Deseé evaporarme en el aire, tal cual, sin un solo pensamiento.

Pero yo tenía una responsabilidad como tutora de la clase. Así que respiré hondo, me precipité corriendo ladera abajo y me dirigí a la escuela en busca de ayuda.

3

Cuando me despierto, ya casi ha amanecido. Corro las cortinas de la ventanilla y miro hacia fuera. La lluvia ha cesado por completo, pero debe de hacer poco que ha dejado de llover, porque todo el paisaje que se refleja en mis pupilas está teñido de negro y gotea sin cesar. Al este, en el cielo, flotan algunas nubes de contornos precisos. Están ribeteadas de un halo luminoso. La tonalidad de esa luz tiene algo de siniestro y, a la vez, de benévolo. Según el ángulo de visión, la impresión varía a cada instante.

El autocar sigue corriendo por la autopista a velocidad uniforme. El roce de los neumáticos sobre la calzada ni aumenta ni disminuye de intensidad. El número de revoluciones del motor no varía lo más mínimo.

Este sonido monótono va erosionando lisamente el tiempo como si fuera la muela de un molino. Erosiona las consciencias. A mi alrededor, todos los pasajeros duermen hechos un ovillo en sus asientos con las cortinillas de las ventanas cerradas del todo. Al parecer, el conductor y yo somos los únicos que permanecemos despiertos. Todos nosotros somos transportados a nuestro destino con eficacia y una absoluta falta de sensibilidad.

Tengo sed, así que saco una botella de agua mineral del bolsillo de la mochila y tomo un sorbo de agua tibia. Saco luego un paquete de galletas de soda: mi boca se llena del familiar gusto seco de las galletas.

Mi reloj de pulsera marca las 4:32. Por si acaso, compruebo una vez más el día de la semana y del mes. Los dígitos me indican que ya han transcurrido unas trece horas desde que he salido de casa. No es un periodo de tiempo excesivamente largo, pero tampoco es posible el retorno. Todavía es el día de mi cumpleaños. Estoy en el primer día de mi nueva vida. Cierro los ojos, los abro, vuelvo a comprobar día y hora.

Luego enciendo la lamparilla de encima del asiento y empiezo a leer un 25 libro de bolsillo.

A las cinco, sin previo aviso, el autocar deja la autopista y se detiene en un rincón del estacionamiento de un área de servicio. La puerta delantera del autocar se abre con un bufido de aire comprimido. Se encienden las luces dentro del vehículo, se oye la breve locución del conductor: «Buenos días, señores pasajeros. De acuerdo con nuestros horarios, dentro de una hora más o menos llegaremos a Takamatsu. Pero previamente efectuaremos unos veinte minutos de descanso en esta estación de servicio. Saldremos a las cinco y media. Estén de vuelta antes de esa hora, por favor».

Al oírlo, la mayoría de pasajeros se despierta y se levanta en silencio. Bosteza, sale del autocar de mala gana. La mayoría se adecanta un poco aquí antes de llegar a Takamatsu. También yo bajo del autocar, respiro hondo varias veces, me desperezco, hago algunos estiramientos sencillos envuelto en el aire fresco de la mañana. Voy al lavabo, me lavo la cara. Me pregunto dónde diablos estoy. Salgo afuera y lanzo en derredor una mirada al paisaje que me circunda. Son los alrededores, vulgares y corrientes, de una autopista cualquiera, sin peculiaridad alguna.

Sin embargo, tal vez sean figuraciones mías, pero tanto la forma de las montañas como el color de los troncos de los árboles me parecen distintos a los de Tokio.

Estoy en la cafetería tomándome una taza de té verde gratis cuando se me acerca una mujer joven y se sienta en la silla de plástico contigua.

En la mano derecha sostiene un vaso de cartón lleno de café que acaba de sacar de la máquina expendedora y del que se alza una nube de vapor blanco. En la izquierda, una caja pequeña de sándwiches adquirida también, al parecer, en la máquina.

A decir verdad, la mujer tiene una fisonomía muy extraña. Por mucho que la miro con benevolencia, sus facciones no guardan equilibrio alguno. La frente es muy ancha, la nariz, pequeña y chata, las mejillas están llenas de pecas. Incluso tiene las orejas puntiagudas. Un rostro de facciones que llaman la atención. Agresivas, incluso. Pero la impresión que ofrece en conjunto no es mala. Ella misma, sin poder llegar a sentirse completamente satisfecha de su aspecto, parece sentirse cómoda con él. Y eso es muy importante. La envuelve un aire infantil que 26

tranquiliza a quien se halle delante. Al menos me tranquiliza a mí. No es muy alta, pero tiene el cuerpo delgado y esbelto. Con el pecho abundante para un cuerpo tan menudo. También la forma de sus piernas es bonita.

De los lóbulos de sus orejas cuelgan unos finos pendientes de metal que, de vez en cuando, despiden destellos parecidos a los del duraluminio. El pelo le llega hasta los hombros y lo lleva teñido de un color castaño oscuro (casi rojo), viste una camisa de manga larga de cuello marinero a gruesas rayas horizontales. Lleva una pequeña mochila de piel colgada al hombro y un fino jersey de verano enrollado al cuello.

Minifalda de algodón color crema, sin medias. Por lo visto acaba de lavarse la cara en los aseos, porque algunos mechones de pelo se le adhieren a la frente como si fueran las finas raíces de alguna planta y eso provoca, vete a saber por qué, que me resulte simpática.

-Tú ibas en el autocar, ¿verdad? -me pregunta. Tiene la voz un poco ronca.

~ Sí.

Bebe un sorbo de café frunciendo el entrecejo.

-¿Cuántos años tienes?

-Diecisiete -miento yo.

~ ¡Ah! Estás en bachillerato.

Asiento.

-¿Y adónde vas?

-A Takamatsu.

~ ¡Ah! Pues como yo -dice-. ¿Vas de visita o eres de allí?

~ Voy de visita -respondo.

~ Como yo. Tengo una amiga allí. Una chica con la que me llevo muy bien.
¿Y tú?

-Unos parientes.

Ella asiente, convencida, y no me pregunta nada más.

~ Tengo un hermano de tu edad -me dice como si se acordara de repente-.
Aunque, por una serie de razones, hace tiempo que no lo veo...

Pero ¿sabes? Sí. Te pareces muchísimo al chico ese. ¿No te lo han dicho nunca?

~ ¿Al chico ese?

~ Sí, al que canta en aquel conjunto, el chico ese. Desde que te he visto en el autobús pienso en ello. Todo el rato. Pero no me sale el nombre. Casi se me han secado los sesos de tanto estrujármelos, pero nada, no logro acordarme. Pasa a veces, ¿no? Que tienes algo en la 27

punta de la lengua, pero nada, que no hay manera. ¿A ti no te han dicho nunca que te pareces a alguien?

Niego con la cabeza. No, nadie me lo ha dicho nunca. Ella toda vía me está mirando con los ojos entrecerrados.

-¿Qué chico? -le pregunto.

-Un chico de la tele.

-¿Un chico que sale en la tele?

-Sí. Un chico que sale en la tele. -Entonces coge un sándwich de jamón, mastica con semblante inexpresivo, toma otro sorbo de café-. Uno que canta en un conjunto. ¡Nada! Que tampoco logro acordarme de cómo se llama el conjunto. Es un chico alto y delgado que habla con acento de Kansai. ¿No te suena?

~ No sé. Es que yo no veo la televisión.

Ella hace una mueca. Me mira de hito en hito.

~ ¿Que no ves la tele? ¿Nunca?

Hago un ademán afirmativo, sin palabras. Claro que, ¿no tendría más bien que hacer un gesto negativo? Hago un gesto negativo.

~ Tú no hablas mucho, ¿verdad? Y cuando dices algo, no sueltas más que una frase. ¿Siempre eres así?

Me ruborizo. Que no hable demasiado se debe, por supuesto, a que soy una persona callada. Pero hay otra razón: todavía no me ha cambiado del todo la voz. Normalmente hablo en tono grave, pero, de vez en cuando, me traiciona la voz. Así que intento no hablar de demasiado tiempo seguido.

~ En fin, ¡qué más da! -prosigue ella-. Total, que te pareces un montón a ese chico que canta en un conjunto y que habla con acento de Kansai. No es que tú hables con acento de Kansai, claro. Sólo que..., no sé. Tenéis un aire muy parecido. Es un chico muy simpático, sólo eso.

Ella deja de sonreír un instante. La sonrisa se esfuma a alguna parte, y luego vuelve enseguida. Yo sigo colorado.

-Y si te cambiaras el peinado aún te parecerías más. Si te lo dejaras crecer un poco y te lo levantaras, así, de punta, con un poco de gomina. Si pudiera, yo misma te lo haría ahora. Seguro que te favorecería mucho. Es que yo soy peluquera, ¿sabes?

Asiento. Bebo un sorbo de té. En la cafetería reina el silencio. Ni siquiera suena la música. No se oye hablar a nadie.

~ ¿Te fastidia hablar, quizá? -me pregunta ella con expresión seria, la mejilla apoyada en una mano.

28

Sacudo la cabeza en ademán negativo.

~ No, no. Por supuesto que no.

~ ¿Te molesto, quizá?

Niego con otro movimiento de cabeza.

Ella toma otro sándwich con la mano. Un sándwich de mermelada de fresa. La incredulidad se pinta en su rostro.

-Oye, ¿te lo comes tú? Los sándwiches de mermelada de fresa son una de las cosas que más odio en el mundo. Desde pequeña.

Lo cojo. A mí tampoco me gustan en absoluto los sándwiches de mermelada de fresa. Pero me lo como sin chistar. Al otro lado de la mesa, ella observa cómo me lo acabo sin dejar una miga.

-Me gustaría pedirte un favor -dice.

-¿Qué favor?

-¿Puedo sentarme a tu lado hasta llegar a Takamatsu? Es que, sola, no logro quedarme tranquila. Me da la sensación de que algún tipo raro se me va a sentar al lado y no consigo dormir a gusto. Cuando compré el billete, pregunté si era un asiento individual, pero, al subir al autocar, he visto que los asientos son dobles. Y me gustaría dormir un poco antes de llegar a Takamatsu. Tú no pareces un tipo raro, así que, ¿te importa?

~ No, claro.

-Gracias. Ya lo dicen, ¿no? «En el viaje, un compañero...» Asiento.

Me da la impresión de que no hago más que asentir. Pero ¿qué voy a decir yo?

~ ¿Y qué sigue?

-¿Qué sigue?

~ Sí, detrás de: «En el viaje, un compañero...». Había algo más,

¿verdad? Pero no me acuerdo. Yo, toda la vida, he sido muy mala en lengua.

«... y en la vida, compasión» -digo yo.

-«En el viaje, un compañero, y en la vida, compasión» -repite ella a modo de confirmación. Cabría decir que, de disponer de papel y lápiz, incluso tomaría nota-. ¿Y qué crees tú que querrá decir eso? No sé, en cuatro palabras.

Reflexiono. Me tomo mi tiempo. Pero ella aguarda inmóvil.

Pues que un encuentro casual es algo muy valioso para los sentimientos de los seres humanos. Diría que viene a ser algo así. En cuatro palabras, claro -digo.

Ella medita unos instantes al respecto. Luego junta despacio los 29 dedos de ambas manos sobre la mesa.

Sí, seguro. Los encuentros fortuitos son algo muy importante para los sentimientos humanos.

Echo un vistazo al reloj de pulsera. Ya son las cinco y media. -

Tendríamos que volver, ¿no?

-Sí, es verdad. Vamos -dice. Pero no hace ademán de levantarse. -

Por cierto, ¿dónde diablos estamos? -pregunto.

-Pues..., veamos -dice ella. Alarga el cuello y lanza una mirada a su alrededor. Los pendientes que le cuelgan de las orejas oscilan inestables de izquierda a derecha como un par de frutas maduras-. Pues, yo tampoco lo sé. Por la hora, me da la impresión de que debemos de estar cerca de Kurashiki, pero la verdad es que no importa demasiado dónde nos encontremos. Las estaciones de servicio de las autopistas no son, en definitiva, más que un lugar de paso. Para ir de aquí allá.

Mantiene levantados en el aire el índice de la mano derecha y el de la izquierda. Separados uno del otro unos treinta centímetros.

-¡Qué más da cómo se llame este sitio! Lavabo y comida.

Fluorescentes y sillas de plástico. Café malo. Sándwiches de mermelada de fresa. Nada de esto tiene sentido. Y si algún sentido tiene es de dónde venimos nosotros y adónde nos dirigimos. ¿No te parece?

Yo asiento. Asiento. Asiento.

Cuando llegamos al autocar, todos los pasajeros ya están sentados y el vehículo nos aguarda listo para partir de un momento a otro. El conductor es un joven de mirada severa. Más que el conductor de un autobús parece el vigilante de una esclusa. Nos lanza a ella y a mí una mirada reprobatoria como advirtiéndonos de que llegamos con retraso.

Pero no dice nada. Ella le dirige una inocente sonrisa de disculpa. El conductor alarga el brazo, acciona la palanca y la puerta se cierra con un bufido de aire comprimido. La chica se acerca hasta el asiento que hay a mi lado acarreando una pequeña maleta. Una maleta sin ningún encanto, como las que se pueden comprar en las tiendas de saldos. Muy pesada para su tamaño. La cojo y la deposito en el compartimento que se halla sobre nuestras cabezas. Me da las gracias. Luego inclina el respaldo del asiento y se duerme enseguida. El autocar parte como si no pudiera aguardar más. Yo saco mi libro del bolsillo y continúo leyendo.

Ella duerme profundamente. En un momento dado, la cabeza se le 30

bambolea al vaivén de una curva, cae sobre mi hombro y allí se queda. No pesa demasiado. Tiene la boca cerrada y respira en silencio por la nariz. A intervalos regulares, su aliento me da en el hombro. Al bajar la mirada, veo el tirante del sujetador asomando bajo el cuello marinero. Un fino tirante de color crema. Imagino la delicada tela que hay en su extremo. Imagino los suaves senos que hay debajo. Imagino los rosados pezones endureciéndose bajo las yemas de mis dedos. No es que quiera imaginármelo. Es que no puedo evitar imaginármelo. Como resultado, acabo teniendo una erección,

claro. Tan grande que me pregunto cómo puede llegar a endurecerse tanto una parte del cuerpo humano.

Y, al mismo tiempo, anida en mi cerebro la duda de si no se tratará de mi hermana mayor. La edad viene a ser ésa. Las facciones de la mujer son muy distintas a las de la niña de la fotografía. Pero uno no puede confiar demasiado en una fotografía. Según cómo la tomas, puede salir un rostro totalmente distinto al del original. Ella tiene un hermano menor de mi edad al que hace tiempo que no ve. No sería nada extraño que ese hermano fuese yo.

Le miro el pecho. Sus senos redondos suben y bajan al compás de la respiración como el vaivén de las olas. Me recuerdan una vasta superficie del mar azotada por una lluvia incesante. Yo soy un navegante solitario, de pie en cubierta; ella es el mar. El cielo presenta un color gris uniforme que, mucho más allá, se funde con el color, asimismo gris, del mar. Y entonces es muy difícil distinguir el mar del cielo. También es difícil separar al navegante del mar. También es difícil distinguir la realidad de los sentimientos.

En los dedos luce dos anillos. No son anillos de boda o de compromiso. Son de esos que se encuentran en las tiendas de bisutería.

Tiene los dedos delgados, pero al ser tan largos y rectos, parecen robustos. Lleva las uñas cortas, bien cuidadas. Pintadas de color rosa pálido. Sus manos reposan suavemente sobre las rodillas, que asoman bajo la minifalda. Desearía tocar esos dedos. Pero no lo hago, por supuesto. La mujer dormida recuerda a una niña pequeña. Entre el pelo le asoman las orejas puntiagudas, como si fueran setas, y ofrecen una curiosa sensación de vulnerabilidad.

Cierro el libro, permanezco unos instantes contemplando hacia fuera el paisaje. Luego, sin darme cuenta, vuelvo a quedarme dormido.

4

INFORME DEL DEPARTAMENTO DE INTELIGENCIA DEL EJÉRCITO

DE TIERRA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA (MIS).

Fecha: 12 de mayo de 1946

Título: Informe sobre el Incidente de la montaña del bol de arroz, 1944

Número: PTYX-722-8936745-42216-WWN

Entrevista al doctor Júichi Nakazawa (53), director de una clínica de medicina general en el barrio xxx en el momento de los hechos. La conversación fue grabada. Se puede acceder al material relacionado con la entrevista mediante el código PTYX-722-5Q162 hasta 183.

Impresiones del entrevistador, alférez Robert O'Connell: El doctor Nakazawa es un hombre corpulento de tez tostada por el sol. Más que un médico, parece un capataz agrícola. Tiene aspecto de ser una persona tranquila, pero habla de un modo enérgico y conciso. Dice directamente lo que piensa. Tras las gafas, su mirada es viva y aguda. Su memoria parece fiable.

Sí, poco después de las once de la mañana del día 7 de noviembre de 1944, recibí una llamada del jefe de estudios de la Escuela Nacional del barrio. Desde hacía un tiempo, la escuela estaba a mi cargo y, por lo tanto, fue a mí a quien llamaron en primer lugar. Al parecer, se trataba de un caso de extrema urgencia.

Me contaron que todos los niños de una clase habían ido a buscar setas y que habían perdido el conocimiento en el monte. Por lo visto, 32

estaban todos inconscientes. La única que no se había desmayado era la tutora de la clase, que los acompañaba. Ella se había precipitado sola montaña abajo en busca de socorro y acababa de llegar a la escuela. Sin embargo, se encontraba tan conmocionada que poco se podía sacar en claro de sus explicaciones. La única cosa segura era que dieciséis niños inconscientes permanecían aún en la montaña.

Puesto que habían ido a buscar setas, lo primero que se me pasó por la cabeza fue que debían de sufrir una parálisis nerviosa causada por la ingestión de setas venenosas. De ser así, el asunto era grave. Según a qué especie pertenezca el hongo, su veneno es distinto y, en consecuencia, el antídoto también lo es. De momento, lo único que podía hacer era obligarles a vomitar y efectuarles un lavado de estómago. No obstante, dada la gravedad de los síntomas, era muy posible que la digestión se encontrara en un estadio muy avanzado y que, por lo tanto, ya no hubiera remedio. En esta región, cada año muere cierto número de personas por la ingesta de setas venenosas.

Ante todo, embuté en mi maletín medicamentos útiles en caso de urgencia, me monté inmediatamente en mi bicicleta y corrí a la escuela.

Allí se encontraban ya dos policías que, al igual que yo, habían sido avisados. Si los niños se hallaban inconscientes y había que acarrearlos hasta la escuela, harían falta refuerzos. Sin embargo, estábamos en guerra y la mayor parte de los hombres jóvenes había sido llamada a filas.

Aquellos policías, un profesor de cierta edad, el jefe de estudios, el director de la escuela, el conserje, la joven profesora y yo fuimos los únicos que nos dirigimos a la montaña. Cogimos todas las bicicletas que teníamos a mano y, como no bastaban, nos montábamos dos en una.

¿A qué hora llegaron al lugar de los hechos?

Eran las once y cincuenta y cinco minutos. Me acuerdo muy bien porque miré la hora. Llegamos a la entrada del bosque, avanzamos hasta donde nos fue posible ir en bicicleta y, luego, subimos a todo correr por el sendero que conduce a la cima.

Cuando yo llegué, algunos niños ya habían recobrado en parte el sentido y se habían levantado. ¿Qué cuántos niños eran? Pues unos tres o cuatro. Más que haberse levantado, como aún no habían recuperado del todo la conciencia, habían incorporado la parte superior del cuerpo y permanecían con las manos apoyadas en el suelo, a gatas. El resto de los niños aún yacía inconsciente. Sin embargo, parecía que algunos 33

estaban recobrando en ese momento el sentido, y empezaban a mover el cuerpo despacio, tambaleándose como si fueran grandes insectos. Era un escenario irreal. El lugar donde estaban tumbados los niños era un extraño claro que se abre en el bosque, como si lo hubiesen recortado, donde penetraban los cálidos rayos del sol de otoño. Y, en el centro, o en las inmediaciones, dieciséis niños de primaria yacían tumbados en diversas posturas. Algunos se movían, otros permanecían inmóviles.

Igual que en una escena de teatro de vanguardia.

Yo incluso me olvidé de mi deber como médico y, conteniendo el aliento, me quedé unos instantes clavado en el suelo. No fui el único.

Todos los que habíamos acudido allí, en mayor o menor grado, caímos en un momentáneo estado de parálisis. Es una extraña manera de decirlo, pero incluso me dio la sensación de tener ante mis ojos, a causa de algún error, una escena que un mortal no debería presenciar jamás.

Estábamos en plena guerra y, pese a encontrarme en el campo, como médico estaba preparado para situaciones de emergencia. Para mantener la calma, ocurriera lo que ocurriese, como un ciudadano más y poder desempeñar mi deber profesional. Sin embargo, aquella visión me heló literalmente la sangre.

Pronto me rehice. Tomé en brazos a uno de los caídos y lo incorporé. Era una niña. Las fuerzas habían abandonado su cuerpo y yacía inerte como un muñeco de trapo. Respiraba de manera regular, pero estaba inconsciente. No obstante, mantenía los ojos abiertos con normalidad, los movía de izquierda a derecha. Estaba mirando algo.

Saqué una pequeña linterna del maletín y le iluminé las pupilas. No reaccionó. Sus ojos funcionaban con normalidad, miraba algo, pero no mostraba reacción alguna frente a la luz. Era muy extraño. Incorporé a algunos niños más e intenté hacerles lo mismo. Obtuve un resultado idéntico.

Luego les tomé el pulso y la temperatura. Recuerdo que el número de pulsaciones se situaba, de promedio, entre cincuenta y cincuenta y cinco, y que la temperatura no llegaba a los treinta y seis grados. ¿No era de unos treinta y cinco grados aproximadamente? Sí, en efecto, el pulso de un niño de esa edad es bastante lento y su temperatura suele estar aproximadamente un grado por debajo de lo normal. Les oí el aliento, no aprecié ningún olor extraño. Tampoco sufrían alteraciones en la garganta o en la lengua.

A simple vista descarté que se debiera a la ingestión de setas 34

venenosas. No había vomitado nadie. Nadie tenía diarrea. Nadie se encontraba mal. Cuando se ha ingerido algo dañino, transcurrido cierto lapso de tiempo, aparece sin falta alguno de estos síntomas. Al com -

prender que las setas venenosas no eran la causa, solté un suspiro de alivio. Pero ¿qué diablos había ocurrido entonces? Estaba desconcertado.

Los síntomas se parecían a los de una insolación. En verano, los niños se desmayan con frecuencia a causa de las insolaciones. Y, cuando uno pierde el sentido, van derrumbándose uno tras otro todos los niños que hay a su alrededor como si se tratara de una epidemia. Pero era noviembre. Y, además, estábamos en el corazón de un bosque fresco. Si se hubiera tratado de uno o dos, todavía, pero era inimaginable que toda la clase hubiera pillado una insolación en un lugar como aquél.

Otra posibilidad era el gas. Un gas tóxico, algún gas que afectara al sistema nervioso. Natural o químico.

... Pero ¿cómo se había originado gas en aquel rincón perdido del bosque? No conseguía dar con una respuesta. Claro que, si se tratara de gas, el fenómeno tendría una explicación lógica. Todos habían respirado el mismo aire, todos habían perdido el sentido y todos se habían desplomado sobre el

suelo. Que la profesora fuera la única inmune podía deberse a que la concentración de gas fuese demasiado baja para afectar el organismo de un adulto.

Todo esto me conducía a otra cuestión peliaguda: ¿qué tratamiento debería aplicarles entonces? No tenía la menor idea. Yo soy un simple médico de pueblo y no poseo conocimientos específicos sobre gases tóxicos. Me sentía perdido. Y, en pleno bosque, no podía consultar por teléfono a ningún especialista. Pero el caso era que algunos niños parecían encontrarse en fase de recuperación y, quizás, a medida que pasaba el tiempo, fueran recuperando todos la conciencia por sí mismos.

Ya sé que eran unos pronósticos excesivamente optimistas, pero lo cierto era que no se me ocurría otra cosa. Así que, de momento, los acosté y esperé a ver qué pasaba.

¿En el aire de la zona no había nada distinto de lo habitual?

Yo también me lo pregunté, si no olería de una manera distinta, por ejemplo, y respiré hondo varias veces seguidas. Sin embargo, era el aire normal del interior del bosque. Olía a árboles. Aire puro. Y en la vegetación de los alrededores tampoco pude apreciar nada anormal. No presentaba ningún cambio de forma o de color.

35

Examiné una a una las setas que habían cogido los niños antes de perder el sentido. No había demasiadas. Por lo visto, los niños se habían desmayado al poco de empezar a buscarlas. Todas eran setas comestibles, normales y corrientes. Yo siempre he ejercido de médico en la zona y conozco bastante bien las diferentes clases de setas que se pueden encontrar aquí. Ni que decir tiene que, por si acaso, me las llevé de vuelta a la escuela y le pedí a un experto que las examinara. Pero, tal como creía, se trataba de setas vulgares y corrientes, totalmente inocuas.

Aparte del movimiento de izquierda a derecha de las pupilas,

¿mostraban los niños desmayados algún otro síntoma? Por ejemplo, el tamaño de la niña de los ojos, el blanco de los globos oculares, la frecuencia del parpadeo, etc.

No. Aparte de mover las pupilas de izquierda a derecha como si fueran focos de luces de seguimiento no presentaban ninguna otra malía.

Los niños estaban contemplando algo. Para ser más precisos, no miraban algo que nosotros pudiéramos ver, sino algo invisible a nuestros ojos. No, más que mirar, daba la impresión de que estuvieran presenciando algo.

Manténían el rostro inexpresivo y el cuerpo en reposo, sin muestras de experimentar dolor o miedo. Que me decidiera a acostarlos allí mismo y a quedarme observando su evolución se debió también a este hecho. Me dije a mí mismo que, si no sufrían, no importaba que permanecieran allí un rato más.

La hipótesis del gas, ¿se la comunicó a alguien en aquellos momentos?

Sí, pero nadie lograba explicárselo. Yo jamás había oído que alguien se hubiera adentrado en el bosque y hubiese inhalado gas tóxico. Creo que fue el jefe de estudios quien dijo que tal vez el ejército americano hubiese dejado caer una bomba de gas tóxico. Entonces la tu tora de la clase que acompañaba a los niños añadió que, ya que lo mencionaba, antes de entrar en el bosque habían vislumbrado en el cielo un aparato parecido a un B29. Y que volaba justo por encima de la montaña. Todos coincidimos en que podía tratarse de eso. Que tal vez fuera un nuevo modelo de bomba que contuviese gas tóxico. El rumor de que el ejército americano había desarrollado un nuevo tipo de bombas había llegado hasta donde vivíamos. Claro que nadie comprendía por qué razón iban a tirar una bomba sobre aquella montaña perdida. Pero, en este mundo, se cometen errores y hay cosas que se escapan al entendimiento humano.

Y después los niños fueron recobrando poco a poco el conocimiento, 36

¿no es así?

Sí. No puedo expresar con palabras el alivio que sentí. Los niños primero se bamboleaban, luego iban incorporándose vacilantes. Fue ron recobrando la conciencia poco a poco. Durante el proceso, ninguno se quejó de que le doliera algo. Recobraron la conciencia como si, de una manera muy tranquila, despertaran espontáneamente de un sueño muy profundo. Conforme recobraban el sentido iba normalizándose el movimiento de sus ojos. Al iluminarles las pupilas con la linterna reaccionaron de manera normal. Sin embargo, todavía tarda ron algún tiempo en hablar. Ofrecían un aspecto parecido a cuando se tiene la cabeza embotada por el sueño.

A los niños que iban recobrando la conciencia fuimos preguntándoles, uno por uno, qué diablos les había sucedido. Pero ellos se mostraban perplejos, como cuando le preguntas a alguien acerca de algo que no recuerda que haya sucedido. Todos los niños recordaban en mayor o menor medida lo sucedido hasta el instante en que, una vez dentro de la montaña, habían empezado a buscar setas. Lo ocurrido después se había borrado de su memoria. Tampoco tenían conciencia del tiempo transcurrido. Habían empezado a buscar setas y, ¡zas!, había caído el telón. Y, acto seguido, yacían en el suelo rodeados de todos nosotros, los adultos. Los niños no alcanzaban a comprender por qué armábamos tanto revuelo y por qué teníamos un semblante tan serio. Más bien era nuestra presencia la que les infundía miedo.

Sin embargo, por desgracia, uno de los niños no logró recobrar, de ningún modo, la conciencia. Se trataba de uno de los niños refugia dos de Tokio y se llamaba Satoru Nakata. Creo que ése era su nombre. Era un niño menudo, de tez pálida. Él fue el único que no pudo recuperar el conocimiento. Permaneció tumbado en el suelo moviendo las pupilas. Nos lo cargamos a la espalda y descendimos la montaña. Los otros niños la bajaron por su propio pie, como si nada hubiese sucedido.

Aparte de ese niño, Nakata, ¿a los otros niños no les quedaron secuelas?

No. Nada que pudiera apreciarse a simple vista. Tampoco se quejaron de dolor o indisposición. Al llegar a la escuela los fui llamando por orden a la enfermería y les tomé la temperatura, les ausculté el corazón con el fonendoscopio, les analicé la vista y les hice todos los exámenes pertinentes. Les pedí que resolvieran operaciones matemáticas sencillas,

tenerse en pie sobre una sola pierna con los ojos cerrados. Pero todas las funciones corporales parecían normales. Tampoco daba la impresión de 37 que sus cuerpos experimentaran sensación de fatiga. Y tenían apetito.

Como no habían almorzado, todos se quejaban de tener hambre. Y

cuando les dimos unas bolas de arroz, las devoraron sin dejar un grano.

Como el asunto me preocupaba, durante un tiempo me fui pa sando por la escuela y observé a los niños que habían sufrido el incidente. Llamé a algunos a mi consultorio y les hice una corta entrevista. Pero no pude apreciar anomalía alguna. A pesar de haber sufrido aquella experiencia insólita y de haber permanecido más de dos horas inconscientes en la montaña, no les había quedado ninguna secuela ni física ni mental.

Incluso parecían haber olvidado que aquello hubiera ocurrido. Los niños habían vuelto a su rutina diaria y llevaban la vida de siempre sin sensación alguna de desazón. Asistían a clase, cantaban y, en el recreo, corrían con brío por el patio de la escuela. Sólo su tutora, que los había conducido a la montaña, continuaba bajo los efectos del shock.

Y sólo aquel niño llamado Nakata continuó toda la noche sin recobrar el sentido. Al día siguiente lo condujeron al hospital de la universidad de Kófu y, luego, lo trasladaron enseguida al hospital militar y jamás volvió a la ciudad. Nunca supimos qué fue de él.

La noticia de que un grupo de niños había perdido el conocimiento en la montaña no apareció en ningún periódico. No se autorizó la difusión de la noticia, posiblemente para no alarmar a la población. Estábamos en plena guerra y el ejército era muy susceptible ante la propagación de rumores. La marcha de la guerra no era satisfactoria, las tropas estaban retirándose en el frente del sur, las masacres de soldados japoneses se sucedían una tras otra y la violencia de los bombardeos del ejército americano aumentaba día tras día sobre las ciudades. Temían, en consecuencia, que entre la población se propagaran sentimientos antibélicos o la sensación de hastío hacia la guerra. Nosotros mismos, unos días después, recibimos un serio aviso por parte de

una patrulla de la policía para que no habláramos de nada relacionado con el incidente.

En todo caso, fue un hecho enigmático que me dejó muy mal sabor de boca. A decir verdad, es una espina que tengo clavada todavía en el corazón.

5

Como dormía, me he perdido el instante en que el autocar ha cruzado el enorme puente que cuelga sobre el mar Interior. Me ha cía mucha ilusión contemplar con mis propios ojos ese gran puente que sólo había visto en los mapas. Ahora alguien me despierta dándome unos suaves golpecitos en el hombro.

~ ¡Eh! ¡Ya hemos llegado! -exclama ella.

Me desperezco en mi asiento, me froto los ojos con el dorso de la mano y, luego, miro al otro lado de la ventana. En efecto, el autocar está detenido en lo que parece la plaza de delante de la estación. La luz de la mañana inunda los alrededores. Es una luz cegadora pero dulce. Ofrece una impresión un poco distinta a la de Tokio. Miro mi reloj de pulsera. Son las seis y treinta y dos minutos.

Ella me dice con voz cansada:

-¡Uff! ¡Qué viaje tan largo! Estoy molida. Me duele el cuello. En mi vida volveré a coger un autocar nocturno. La próxima vez vendré en avión, aunque sea un poco más caro. Haya turbulencias o secuestros, yo, de aquí en adelante, en avión.

Bajo su maleta y mi mochila del compartimento de equipajes que está sobre los asientos.

~ ¿Cómo te llamas? -le pregunto.

~ ¿Yo?

~ Sí.

~ Sakura -responde ella-. ¿Y tú?

-Kafka Tamura -digo yo.

-Kafka Tamura -repite Sakura-. ¡Qué nombre tan extraño! Es fácil de recordar.

Asiento. No es fácil convertirse en otra persona. Pero sí tomar un nombre distinto.

39

Al bajar del autocar, ella deposita su maleta en el suelo, se sienta encima, saca una libreta del bolsillo de la pequeña mochila que lleva colgada a la espalda y garabatea algo en una página con un bolígrafo.

Arranca la hoja y me la da. En ella hay apuntado lo que parece un número de teléfono.

-Es mi número de móvil -dice ella haciendo una mueca-. De momento voy a alojarme en casa de mi amiga, pero si te apetece ver a alguien, llámame. Podemos comer juntos si quieres. No admito cumplidos.

Ya sabes, «aun el encuentro más casual...». Se dice así, ¿no? -«...está predestinado» -concluyo.

-Eso, eso -dice ella-. ¿Y qué significa?

-La predestinación. Que ni siquiera las cosas más triviales suceden por casualidad.

Ella, sentada sobre la maleta amarilla, aún con la agenda en la mano, reflexiona sobre lo que le he dicho.

-¡Caramba! Algo filosófico sí que es. Quizá no esté mal del todo esa manera de ver las cosas. Claro que eso de la reencarnación suena un poco a New Age. En fin, Kafka Tamura, ten presente una cosa. Yo no doy mi número de móvil a cualquiera. ¿Entiendes lo que quiero decir? Le doy las gracias. Doblo la hoja con el número y me la meto en un bolsillo de la cazadora. Me lo pienso mejor y me la guardo en la cartera.

-¿Hasta cuándo vas a estar en Takamatsu? -me pregunta Sakura.

Le respondo que aún no lo sé. Según vayan las cosas, cambiaré de planes.

Ella se me queda mirando. Ladea un poco la cabeza como diciendo:

«En fin...». Luego se monta en un taxi, me hace un breve gesto de despedida con la mano y desaparece. Vuelvo a quedarme solo. Su nombre es Sakura, mi hermana no se llamaba así. Pero el nombre es algo que puede cambiarse con facilidad. Especialmente cuando te escondes de alguien.

Ya tenía reservada una habitación en un business hotel de Takamatsu. Había llamado al YMCA, en Tokio, y allí me lo habían recomendado. Haciendo los trámites a través del YMCA, la habitación te resultaba más barata. Pero la tarifa especial sólo comprendía tres noches.

Luego tenías que pagar el precio normal.

Si deseaba ahorrar, también podía dormir en un banco de la 40

estación. No hacía frío en aquella época del año y bastaría con extender el saco de dormir que llevaba preparado y dormir en cualquier parque. Sin embargo, si la policía me descubría durmiendo en semejante lugar, seguro que me pediría el carnet de identidad. Así que, de momento, reservé habitación para tres noches. Lo que haría después ya lo decidiría llegado el momento.

Entro en el primer lugar que veo, una udon-ya que hay cerca de la estación y me lleno el estómago. Yo he nacido y crecido en Tokio, así que no he comido demasiados udon en mi vida. Sin embargo, éstos son diferentes a cualquiera de los que he comido hasta ahora. El caldo, oloroso; la pasta, fresca y compacta. Y sorprendentemente baratos. Los encuentro tan deliciosos que repito. Gracias a ellos, tras muchas horas de hambre, tengo el estómago repleto y me siento feliz. Luego me acomodo en un banco de la plaza de delante de la estación y alzo la vista al cielo azul. «Soy libre», pienso. «Estoy aquí, solo y libre como esas nubes que surcan el cielo.»

Hasta el anochecer, decido matar el tiempo en una biblioteca. Había averiguado de antemano qué bibliotecas había en los alrededores de Takamatsu. Desde pequeño, yo siempre he matado las horas en las salas de

lectura de las bibliotecas. No son muchos los sitios adonde puede ir un niño pequeño que no quiera volver a su casa. No le está permitido entrar en las cafeterías, tampoco en los cines. Únicamente le quedan las bibliotecas. No hay que pagar entrada y, aunque vaya solo, no le dicen nada. Allí puede sentarse y leer todos los libros que quiera. A la vuelta de la escuela, yo siempre iba en bicicleta a la biblioteca municipal del barrio.

Incluso los días festivos solía pasar largas horas allí solo. Cuentos, novelas, biografías, historia: leía todo lo que encontraba. Y, cuando había devorado todos los libros infantiles, pasaba a las estanterías de obras para el público en general y leía los libros para adultos. Incluso los que no entendía los leía hasta la última página. Y cuando me cansaba de leer, me sentaba ante los auriculares y escuchaba música. Carecía por completo de cultura musical, así que iba escuchando por orden todos los discos que había, empezando por la derecha. Y así fue como descubrí la música de Duke Ellington, los Beatles, Led Zeppelin.

La biblioteca era como mi segunda casa. En realidad, es posible que fuera mi verdadero hogar. A fuerza de ir cada día acabé conociendo de vista a todas las bibliotecarias. Ellas sabían mi nombre, me saludaban al verme y me dirigían frases cariñosas (aunque yo muy pocas veces respondía porque soy terriblemente tímido).

41

En las afueras de Takamatsu había una biblioteca privada fundada sobre el patrimonio bibliográfico de una antigua y adinerada familia. Reunía raras colecciones de libros y, además, el edificio y el jardín eran algo digno de ser visitados. Había visto fotografías de la biblioteca en la revista Taiyó.

Una enorme y antigua mansión japonesa con una sala de lectura que recordaba a una elegante sala de visitas, y la gente leyendo sentada en confortables sillones. Esta fotografía me impresionó de una manera extraña. Y decidí que la visitaría en cuanto tuviera ocasión. Biblioteca Conmemorativa Kómura. Ése era su nombre.

Me dirijo a la oficina de turismo de la estación y pregunto por la Biblioteca Conmemorativa Kómura. La amable mujer de mediana edad sentada tras el

mostrador me alarga un mapa turístico, me señala con una cruz el emplazamiento de la biblioteca y me explica en qué tren tengo que ir. Hasta allí se tarda unos veinte minutos. Le doy las gracias y miro los horarios de la estación. Hay un tren cada veinte minutos. Aún dispongo de un poco de tiempo hasta que llegue el próximo, así que en el quiosco de la estación compro un bento sencillo para almorzar.

Es un tren pequeño de sólo dos vagones. Circula por unas calles muy transitadas, bordeadas de altos edificios, atraviesa un distrito donde se alternan los pequeños comercios y las viviendas, pasa por delante de fábricas y almacenes. Hay parques, edificios en construcción. Con la cara pegada a la ventana, devoro con los ojos aquel paisaje de una tierra desconocida. Todas las imágenes se reflejan llenas de frescor en mis pupilas. Hasta ese momento apenas conocía otras vistas aparte de las de Tokio. En este tren, que se aleja de la ciudad, no hay un alma a estas horas de la mañana, pero el andén de enfrente está atestado de estudiantes de secundaria y de bachillerato con sus uniformes de verano y las carteras colgando del hombro. Se dirigen a la escuela. Yo no. Yo estoy completamente solo, yo soy el único que va en dirección contraria. Estoy montado en el tren que circula por el otro carril. Algo me sobreviene y me atenaza el corazón. De improviso, siento que me falta el aire. ¿De verdad estoy haciendo lo correcto? Al pensarlo, siento una inseguridad terrible.

Decido apartar la vista de ellos. Tras discurrir momentáneamente a lo largo de la costa, la vía enfila hacia el interior. Hay altos y espesos campos de maíz, hay parras, hay campos de mandarinas aprovechando los declives del terreno. Aquí y allá se ven estanques de riego donde se refleja la luz de la mañana. El agua del río que serpentea rebosa fresca, los descampados están cubiertos de la verde hierba del verano. Hay un perro 42

de pie al borde de la vía que está contemplando el paso del tren. Ante este paisaje, la calidez y el sosiego vuelven a mi corazón. «¡Tranquilo!», me digo a mí mismo tras respirar hondo. El único camino posible es hacia delante.

Salgo de la estación, me dirijo hacia el norte por una vieja avenida. A ambos lados del camino se suceden las cercas de las casas. Es la primera vez en mi vida que veo tantas cercas y de tipos tan distintos. Vallas negras,

tapias blancas, muros de piedra con seto en la parte superior. Los alrededores están sumidos en el silencio, no se ve un alma. Apenas me cruzo con algún coche. Respiro hondo. El aire huele ligeramente a mar. La playa debe de estar cerca. Aguzo el oído, pero no oigo el rumor de las olas. A lo lejos debe de haber alguna obra porque suena amortiguada una sierra eléctrica como si fuera el zumbido de una abeja. A lo largo del camino, desde la estación a la biblioteca, se encuentran pequeños postes que indican la dirección con flechas, así que es imposible perderse.

Delante del majestuoso portal de la Biblioteca Kómura hay plantados dos ciruelos de líneas simples y elegantes. Al traspasar el portal me encuentro con un camino de grava serpenteante. Las plantas del jardín están bien cuidadas, no hay una sola hoja caída. Pinos y magnolias, rosas amarillas. Azaleas. Y entre los arbustos, grandes y antiguas lámparas votivas de piedra, y un pequeño estanque. Finalmente llego, al vestíbulo.

Decorado con mucho refinamiento. Me quedo de pie ante la puerta abierta, por un instante dudo si cruzarla o no. Es una biblioteca distinta a cualquiera de las bibliotecas que he conocido.

Pero, ya que he venido hasta aquí, no me voy a quedar en la puerta.

Entro en el vestíbulo y me topo con un mostrador. Tras él hay sentado un joven que guarda los bolsos y los abrigos. Me bajo la mochila del hombro, me quito las gafas de sol y el sombrero.

-¿Es la primera vez que vienes? -me pregunta con voz pausada y tranquila. Más bien aguda, pero de timbre suave, nada desagradable al oído.

Asiento. No me sale la voz. Estoy nervioso. No me esperaba en absoluto que me hicieran esta pregunta.

Con un lápiz recién afilado entre los dedos, el joven se me da mirando a la cara con profundo interés. Es un lápiz amarillo con una goma de borrar en el otro extremo. El joven tiene un rostro de facciones menudas. Más que guapo sería más exacto calificarlo de hermoso. Lleva 43

una camisa blanca de algodón de manga larga y unos chinos de color verde oliva. Ambos sin una arruga. El pelo lo tiene más bien largo y, cuando baja la cabeza, el flequillo le cae sobre la frente y él se lo echa hacia atrás con la mano de tanto en tanto, como si se acordara de repente.

Lleva las mangas de la camisa dobladas hasta el codo y muestra unas muñecas blancas y delgadas. Las gafas son de montura fina y delicada y le sientan bien a sus facciones. Lleva prendida del pecho una pequeña cartulina plastificada donde se lee: ÓSHIMA. Es diferente a cualquiera de los bibliotecarios que he conocido.

-La entrada a la biblioteca es libre. Si quieres leer un libro, puedes cogerlo y llevártelo a la sala de lectura. Ahora bien, por lo que respecta a los ejemplares valiosos que llevan un sello rojo, antes de leerlos tienes que rellenar una solicitud. A tu derecha está el archivo. En él encontrarás ficheros de tipo manual y ordenadores. Si los necesitas, puedes utilizarlos libremente. No se efectúa préstamo de libros. No hay ni revistas ni periódicos. Está prohibido hacer fotografías. Está prohibido hacer fotocopias. Si quieres comer o beber algo, puedes hacerlo sentado en un banco del jardín. La biblioteca cierra a las cinco de la tarde. -Luego deposita el lápiz sobre la mesa y añade:- ¿Eres estudiante de bachillerato?

-Sí -respondo tras respirar hondo.

-Esta biblioteca es un poco peculiar -dice-. Está especializada en un tipo concreto de libros. En la obra de los antiguos poetas de tanka también hay libros dirigidos al gran público, pero la mayoría de las personas que vienen desde lejos y que cogen el tren ex profeso para llegar hasta aquí son especialistas que investigan este tipo de literatura. La gente no viene a leer a Stephen King. y es muy raro que vengan chicos de tu edad. Algún estudiante de pos-grado sí aparece de vez en cuando. Por cierto, ¿estás haciendo algún trabajo sobre el tanka o el haiku?

-No -le respondo.

-Lo suponía.